

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
FACULTAD DE EDUCACION

INSTITUTO DE INVESTIGACION PARA EL
MEJORAMIENTO DE LA EDUCACION COSTARRICENSE
(I.I.M.E.C.)

PROYECTO DE EXTENSION:
APRENDIZAJE CONSTRUCTIVO Y AUTORREALIZACION
DEL DOCENTE EN LA ESCUELA

PRINCIPIOS BASICOS EN EL DESARROLLO
PSICOLOGICO DEL NINO

Lic. Aida Mainieri Hidalgo
Dra. Zayra Mendez de Thomas

1985

Instituto de Investigación



Instituto de Investigación



PRINCIPIOS BASICOS EN EL DESARROLLO DEL NIÑO

I. La construcción de la auto-imagen y su relación con los espejos psicológicos

La Dra. Dorothy Carkille Briggs de Estados Unidos, California, en su libro "El niño feliz" hace un planteamiento que nos permite comprender cómo las personas llegan a constituirse en espejos que reflejan las cualidades o defectos de quienes los rodean. Llegan a ser espejos psicológicos de sus hijos, alumnos y de todos los que los rodean; se puede decir así, que hay una contribución recíproca entre los miembros de un grupo social dado, en la construcción de la imagen personal.

El niño nace sin sentido del yo, elabora ese sentido en contacto con el medio; el pequeño ser trae consigo grandes potenciales pero forja su personalidad a partir de la interacción, en una especie de realización social que aprendemos de la vida a través del contacto con los demás.

El tipo de interacción social que el niño logre establecer con quienes lo rodean, es determinante en la constitución del concepto que él tenga de sí mismo. Si somos espejos positivos, él llegará a tener una auto-imagen adecuada; por el contrario, si sólo le reflejamos cualidades negativas, su auto-imagen será pobre y limitada, lo que le impedirá alcanzar un desarrollo pleno de sus potencialidades.

El ejemplo de Pedrito, citado por Carkille (1972, p.31), nos ilustra las consecuencias de una relación negativa entre la madre y su hijo. La autora dice:

"imaginemos que la madre sea para Pedrito un espejo que constantemente le devuelva reflejos negativos de sí mismo. A lo largo de los años, el niño solo oirá, entonces expresiones de esta clase: "¡Nada puedo hacer con este niño, es imposible!"; "¿Qué quieres ahora?" (en tono impaciente, como quien dice: "¡Dios mío, otra vez!") "¿Por qué no consigues buenas notas, como tu hermana?"; "Invitaron a Pedrito a pasar un fin de semana afuera" (en tono de gran alivio); "No veo la hora en que acaben las vacaciones y Pedrito vuelva a la escuela". Al ingresar Pedrito al primer grado las palabras de su madre a la maestra fueron: "La compadezco, señorita; ¡ahora él va a estar con usted la mayor parte del día".

Ante esta actitud de la madre es fácil imaginar que el niño llegue a tener una imagen pobre de sí mismo con escaso respeto de su persona.

Hay que tener presente que en la elaboración del concepto de sí mismo que el niño llegue a construir, son particularmente influyentes las figuras parentales y los primeros educadores. Tanto las palabras como los gestos del adulto van a influir en la formación de la personalidad del niño. Si se establece una comunicación calurosa en la que se reflejen cualidades positivas, el pequeño infante crecerá confiando en los demás y sintiéndose, por tanto, seguro de sí mismo.

Por el contrario, si los adultos se convierten en espejos negativos, el desarrollo del niño se verá teñido por la desconfianza, la inseguridad y una pobre autoestima.

El siguiente ejemplo aclarará lo anterior:

"Imaginemos ahora que damos a Anita dos madres diferentes, y veremos en qué medida las primeras impresiones que tendrá de sí misma dependerán de la calidad de los mensajes corporales de ellas. Cuando la madre A baña a Anita, se concentra más en la niña misma que en la realización de la tarea. Sus músculos se encuentran relajados, su tono de voz es juguetón y suave, hay una luz bondadosa en sus ojos. Ella observa los rollitos de grasa del bebé, los hoyuelos de los dedos de los pies. Se deleita ante las reacciones de ella cuando se echa agua sobre el vientre. Cuando gorjea, le responde. Cuando chapalea con el puño en el agua, observa, se ríe y se agrega al juego. Aquí no se pronuncian palabras, pero los dos se están comunicando. Anita palpa y ve cómo su madre le corresponde. Todavía no sabe que está separada de ella, pero recibe experiencias tempranas de que la valoran.

La madre B siempre aprovecha para leer en los momentos en que Anita toma el biberón. La sostiene flojamente y con indiferencia. Cuando ella se mueve, los brazos de ella no responden al movimiento. Si ella se toma de la blusa de B, ella le desprende los dedos sin siquiera mirarla. Anita y su madre no comparten la experiencia. De hecho, aquí no se produce en modo alguno un contacto humano directo, de persona a persona. Ahora mismo la madre de Anita es para ella todo su mundo y sus primeras experiencias le señalan que no merece atención. Para ella el mundo es un lugar bastante frío, en el que ella misma posee escasa importancia. Es fácil advertir que con sólo que le toque el suéter a la madre A o a la B, Anita desarrollará un conjunto bastante distinto de impresiones tempranas acerca de sí misma". (Corkille, pág. 29)

La salud mental dependerá, por otra parte, no sólo de la calidad positiva del reflejo que el adulto llegue a significar para el niño, sino también de la coherencia que exista entre mensajes verbales y no-verbales. A veces lo que decimos con palabras, lo contradecemos con nuestros gestos. En este sentido, el lenguaje corporal habla siempre en tono más alto que las palabras. Así, un padre puede llamar "Lounstruo" a su hijo pero su tono cariñoso y su expresión de orgullo manifiestan al niño algo así como "eres un gran tipo"; este tipo de comunicación es frecuente y se da también en forma inversa cuando con los gestos, expresiones faciales y acciones en general (lenguaje no verbal) se está negando el valor afectivo de una frase cariñosa, un ejemplo podría ser el caso de un educador que dice amar a sus alumnos pero que realmente se manifiesta ansioso y agresivo ante el grupo de clase.

En síntesis, se puede decir que la autoestima del niño va a depender del tipo de interacción que tenga con los adultos significativos de su vida. Una alta autoestima es el resultado de expresiones positivas de las cualidades del pequeño dadas en un clima de empatía y afecto. No tendrían el mismo resultado palabras expresadas en forma indiferente o a modo de adulación. Es decir, no importa tanto el contenido de lo que se diga, sino sobre todo el cómo.

Todos estos hechos deben ser cuidadosamente analizados por quienes tienen la responsabilidad de educar a los niños ya que como lo indica la Dra. Corkille (1972) el éxito o el fracaso en su vida futura depende en gran medida de que hayan logrado elaborar una autoescritura elevada o baja. Las personas con alta autoestima logran desenvolver sus potenciales mientras que aquéllos con poca autoestima marchan toda su vida entre tropiezos.

II. La importancia de una interpretación adecuada de las conductas negativas del niño

El sentimiento de ser malo, indigno de amor y carente de valor, suscita en el niño fuertes reacciones de ansiedad con el consecuente desajuste social. En esas circunstancias, un modo de alcanzar un equilibrio emocional precario es el empleo de mecanismos de defensa. Así, mecanismos como la racionalización o la proyección, constituyen un arma contra el temor, la inseguridad y la ineptitud.

La racionalización se presenta cuando el individuo al ver frustrada la satisfacción de un deseo reacciona manifestando que no le interesa el cumplimiento del mismo. En la escuela se puede observar el uso de este mecanismo, en las expresiones de despecho sobre el éxito académico en niños que son considerados malos estudiantes. Frases como "los que estudian son unos tontos", "para triunfar en la vida no es necesario estudiar" y otros.

El mecanismo de proyección consiste en atribuir a los demás, defectos y errores propios. Así, por ejemplo, el alumno que es perezoso puede en un trabajo de grupo, acusar a sus compañeros o a la misma maestra de pereza en caso de que la tarea realizada salga mal.

Las defensas excesivas impiden la construcción de un autoconcepto positivo ya que colocan a los individuos en círculos viciosos de auto-derrota. En estas condiciones el ajuste social armonioso es una meta inalcanzable pues se cae en un círculo vicioso de reacción inadecuada, rechazo social y auto-concepto pobre sumamente difícil de romper. La descripción de la conducta de Susana (Corkille, 1972, p.48) ilustra lo anterior:

"Supongamos que Susana no halló la solución del basquetbol y que sigue siendo mandona, agresiva y dominante. Cuanto más autoritaria sea, mayor será el rechazo que reciba de los demás. De esa manera, a la reprobación de la familia se sumará el aislamiento a que la someterán sus compañeros de escuela, y su autoestima descenderá aún más. Cuanto peores sean sus relaciones con los demás, menos capaz será ella de concentrarse en sus tareas escolares. Desde su punto de vista - y del de cualquier otro niño - el pertenecer a la pandilla es más importante que leer o aprender las tablas de multiplicación... las malas calificaciones se acumulan y Susana tiene en ellas más razones para sentirse inútil. Todo nuevo fracaso prepara el terreno para los demás. La derrota como persona induce la frustración escolar."

Si comprendemos que la conducta se adapta a la autoimagen podemos entender que una de las causas de la mala conducta estriba en el concepto negativo de sí mismo por parte del niño. El niño que siente ser malo responde con malas acciones, él juega el rol que se espera de él y cuanto peor se comporta, más se le reprende, se le castiga y rechaza, lo que a su vez confirma en él su convicción de ser malo.

Estos círculos viciosos van en detrimento tanto de los individuos como de la sociedad; son los procesos sociales en los que se encuentran los marginados, drogadictos, delincuentes, entre otros.

Los grupos sociales maduros que promueven el conocimiento de los factores causales de los procesos sociales que viven, pueden romper estos círculos viciosos y fomentar círculos de reforzamiento positivo, de reconocimiento de los valores, de alta autoestima, de autoconceptos adecuados y de respeto mutuo, mediante la promoción de las buenas relaciones con los demás.

En estas circunstancias la interacción empática permite el reflejo de las conductas positivas, a través del reconocimiento verbal y la respuesta corporal que la acompaña, que brinda un trato caluroso y amable al niño en formación.

En cuanto al mal comportamiento de los niños también puede ser reflejado en forma positiva por el adulto y comprensivo.

La agresividad del niño, por ejemplo, es generalmente mal vista, negada y reprimida por el adulto, constituye una expresión de la ira, sentimiento que todos sufrimos con cierta frecuencia. La ira es un sentimiento secundario y es por eso que puede ser considerada como un código; tras de la ira siempre hay sentimientos primarios de temor, frustración, amenaza, celos, fatiga, turbación, humillación, u otros que la causan; rara vez se presenta la ira en primer término.

El conocimiento de que la ira cubre una emoción anterior nos ayuda a manejarla con eficacia tanto en nosotros mismos como en nuestros niños.

El comprenderla como un código la torna menos amenazante, podemos tratarla entonces en forma directa y no echar leña al fuego.

Veamos un ejemplo en que avivamos las llamas:

"Los niños necesitan gran actividad muscular, las restricciones físicas son para ellos verdaderas frustraciones. Cuando Berta era pequeña, la manera de castigarla de su madre consistía en hacerla sentarse en una silla durante media hora. Con el cuerpo que clamada por ejercicios vigorosos, Berta se levantaba de la silla cargada de frustración. Su madre la consideraba testaruda en extremo. "Dejará la silla" decía, "e inmediatamente hará algo que sabe muy bien no debe hacer". Aquella madre estaba lejos de advertir que el castigo no hacía más que

recargar la "batería emocional" de Berta con grandes dosis de hostilidad. No sorprende que se levantara de la silla dispuesta a tomar revancha" (Corkille, 1972, p. 173)

Este próximo relato nos ejemplifica cómo decifrar el código y manejar la ira con eficiencia:

"-Noches atrás, cuando mi hija me dijo un par de groserías, reflejé su sentimiento al decirle:

"¡Carolina, estás terriblemente enojada conmigo!" - , relató la señora H.

-¡Claro que lo estoy! ¿Por qué tengo yo que irme a la cama a las ocho, si Jaime se queda hasta las nueve?. Él recibe siempre los privilegios, sólo porque es mayor. ¿Qué culpa tengo yo por haber nacido después? -

Invariablemente, cuando aceptamos la ira por medio de la atención activa, los niños nos conducen al sentimiento subyacente. El código queda develado, y llegamos al núcleo del problema. En nuestro ejemplo, Carolina dijo a su madre que

su hostilidad provenía del hecho de sentirse defraudada.

-sientes que estás en una situación terriblemente injusta al no tener los mismos privilegios, algo así como que no hay para ti forma alguna de superarlo- reflejó la madre.

- sí, así es- coincidió Carolina

- y te enfurece que papá y yo permitamos esta clase de cosas- , agregó la señora H.

- Exactamente. Fue por ustedes que yo nací en segundo lugar.

claro que si ustedes tenían más de un hijo, alguno tenía que ser el segundo, pero no me gusta ser la menor--.

- tiene muchas desventajas, eso de ser la menor--, dijo la

madre.

- ¡ya lo creo! claro, a veces también me gusta, porque no tengo que hacer tantas cosas en la casa como Jaime--

- a veces encuentras ventajas en ser la menor- respondió la madre

- sí, me parece que me gustan todas las ventajas y ninguna de las desventajas- concluyó Carolina con una sonrisa.

Cuando los sentimientos se transformaron en palabras y se los aceptó, la niebla que los rodeaba desapareció, y salió a la superficie la causa que hizo que la niña motejara a su madre. Al no tener que defender su posición, Carolina pudo advertir que su posición en la familia sí tenía algunas ventajas. Además, la empatía hizo que Carolina no se sintiera menos valiosa debido a su deseo, perfectamente normal". (Corkillé, pág. 171)

La ira, los celos, la envidia, entre otros sentimientos negativos, son normales en todo ser humano, pero generalmente tienden a ser reprimidos por una sociedad que no los acepta; esta situación lleva a los individuos a adoptar posiciones defensivas que no conducen a nada positivo sino por el contrario se tornan malsanas.

Si se aceptan estos sentimientos como normales y se les trata con atención activa, en lugar de rechazo y censura, se podría llegar al fondo de ellos, es decir, a los sentimientos primarios que los causan de modo que las relaciones humanas serían empáticas y cargadas de estima personal.

En síntesis, se puede decir que la salud mental del niño está estrechamente vinculada a la aceptación por parte de los adultos significativos que lo rodean de sus sentimientos y emociones. Asimismo, un factor esencial es que padres y maestros se conviertan en espejos de las cualidades positivas del niño, y que en ese reflejo haya coherencia

entre la comunicación verbal y la no-verbal. Hay que canalizar los sentimientos agresivos del pequeño buscando sus causas profundas y dando al pequeño la posibilidad de expresarlos en formas socialmente aceptables. Si de todo ello dependerá un desarrollo psicológico sano y una plena autorrealización del niño, vale la pena hacer el esfuerzo de actuar de acuerdo con esos principios psicológicos básicos.

Bibliografía:

Corkille Briggs Dorothy. EL NIÑO FELIZ. 1972

00006921